

¿CUIDADO O INTERÉS?

La ansiedad de la vacuna mesiánica es peligrosa, no científica e inmoral

CRÓNICA

09_05_2020



**Paolo
Gulisano**



A medida que pasan los días, están ocurriendo noticias y confirmaciones sobre el éxito de las terapias para derrotar al Covid-19. Datos cada vez más reconfortantes que, sin embargo, por razones incomprensibles, a menudo se aceptan con escepticismo, a veces

incluso con sospecha y desconfianza.

Por el contrario, parece haber una actitud de fideísmo absoluto hacia la vacuna:

pocos tienen dudas de que llegue, quizás tarde o temprano, y que resolverá todos los problemas. Incluso los eminentes exponentes de la Iglesia rezan para que se realice lo antes posible. Cuáles son los fundamentos de esta confianza, incluso convicción, no lo sabemos. Parecería ser el resultado de una cierta campaña de propaganda palpitante, que desde el comienzo de la pandemia ha indicado en la vacuna la solución al problema. Sin embargo, algunas dudas serían legítimas: no siempre por cada enfermedad ha sido posible realizar la relativa vacuna, por el contrario, no hay vacuna para el VIH, no hay vacuna para la hepatitis C (mientras que sí existe para A y B), que es una de las enfermedades infecciosas más peligrosas y, sobre todo, nunca se ha hecho una vacuna para ningún tipo de Coronavirus, una familia de virus que conocemos desde hace sesenta años.

¿Y qué hay del SARS? Sabemos que el Covid-19 actual tiene una herencia genética muy similar a la del coronavirus del SARS de 2002. ¿Cómo es posible que ahora sea posible fabricar una vacuna mientras que en los últimos dieciocho años no ha sido posible con el primer SARS? Sin duda, se hicieron intentos para producir una vacuna contra el SARS, con resultados absolutamente negativos. Se probaron cuatro vacunas en ratas de laboratorio y, si es cierto que determinaron la producción de anticuerpos contra el virus, un mecanismo que no es tan sorprendente **como lo ha ilustrado el profesor Bellavite en la *Brújula Cotidiana***, todos los ratones vacunados presentaron efectos secundarios graves; más exactamente una inmunopatología tipo Th2 con infiltración significativa de eosinófilos. Los investigadores llegaron a la conclusión de que era oportuno proceder con mucha cautela al aplicar una vacuna contra el SARS-CoV en humanos y, en consecuencia, no se hizo nada más.

La noticia de una vacuna lista y disponible dentro de pocos meses, tal vez dentro del próximo invierno, solo para evitar la temida "segunda ola", debe tomarse con gran prudencia y sentido crítico, al menos análogo a aquellos que han encontrado la efectividad y han propuesto el uso terapéutico de la cloroquina, la heparina y el plasma.

La espera de la vacuna, por otro lado, se acerca a los paroxismos casi mesiánicos. También por esta razón, sería apropiado que los representantes de la jerarquía eclesial se abstengan de promover la vacuna, al menos hasta que se conozcan los tipos de vacunas posibles. Desde este punto de vista, una intervención verdaderamente valiosa es la que realizó el obispo estadounidense Joseph Strickland de Tyler, Texas, quien ha declarado públicamente su objeción de conciencia hacia una

posible vacuna contra el coronavirus producida utilizando tejidos de niños abortados. El arzobispo Strickland se distinguió en esta pandemia por sus intervenciones bioéticas. En particular, ha tenido el mérito de denunciar enérgicamente el surgimiento de prácticas de eutanasia hacia los ancianos y los discapacitados. A fines de marzo, se negó a firmar una "Declaración sobre la escasez de recursos de salud" promovida por la Conferencia Episcopal de Texas. "Los ancianos, los discapacitados y los más vulnerables - declaró - deberían ser protegidos siempre y se necesitaría mostrar amor preferencial", ya que son "los pobres entre nosotros, durante esta pandemia". El obispo de Tyler había mencionado que hay algunos principios de teología moral que siempre deben aplicarse. "Por ejemplo, la familia siempre debe ser consultada y considerada al tomar decisiones morales vitales como estas".

En cuanto a la vacuna, el arzobispo Strickland expresó su pesar por el hecho de que "también estamos discutiendo el uso de tejidos fetales abortados para la investigación médica con Covid-19". El prelado de Texas ha tocado una clave realmente dolorosa: de hecho, durante algún tiempo, algunas organizaciones provida estadounidenses han denunciado que varias vacunas se producen utilizando líneas celulares obtenidas de fetos abortados. Se trata de vacunas muy populares y utilizadas también en Italia, como la vacuna cuadrivalente *Sarampión-Paperas-Rubéola-Varicela* y la vacuna contra la *hepatitis A*.

Las células fetales abortadas también se están utilizando para algunas de las vacunas que actualmente se estudian contra el Covid. Y no de abortos espontáneos, sino de abortos provocados. En un comunicado de prensa, la asociación *Children of God for Life* explicó que "en la mayoría de las vacunas contra la gripe estacional, la necesidad de producir rápidamente grandes cantidades de vacunas ha sido un problema durante muchos años, ya que las compañías farmacéuticas utilizaban huevos de gallina para cultivar sus virus. Se necesitan varios meses y millones de huevos para producir las vacunas y muchas compañías han comenzado a buscar otras líneas celulares para una producción más rápida". Y estas líneas celulares podrían ser humanas, derivadas de fetos abortados.

Los problemas éticos planteados por la investigación, producción, comercialización y uso de vacunas no son pocos y no son nuevos. Para el Covid podrían ser ignorados deliberadamente en nombre de la "emergencia". La gente podría fácilmente ser llevada a aceptar la lógica del "fin que justifica los medios". Para salvar a tanta gente del Covid, ¿por qué no deberían aceptarse los sacrificios fetales? Esto es en

realidad un verdadero chantaje moral, que los valientes pastores como Strickland han denunciado. Un buen final nunca puede justificar un mal medio. Además, el uso de estas vacunas termina siendo un incentivo para la investigación basada en esta "línea de ensamblaje" perversa: la producción de embriones y su posterior destrucción para obtener material para la producción de vacunas. La fuerte presión de los medios a favor de la vacuna no puede convertirse en una coartada para posponer los valores esenciales.

Por lo tanto, el entusiasmo de aquellos que auspician, sueñan y esperan la vacuna contra el Covid deberían entonces ser enfriados. Monseñor Strickland hizo bien en plantear el problema de la ética de estas vacunas, pero también existe un principio estrictamente científico de prudencia. Uno de los principios fundacionales de la medicina, desde su inicio, es este: *primum non nocere*. Si será posible desarrollar una vacuna, debe hacerse dando garantías absolutas con respecto a la seguridad de ésta, que deberá respetar criterios precisos de ausencia de toxicidad y nocividad. El fracaso de los intentos realizados para el SARS debe conducir a una gran precaución. Desde este punto de vista, una vacuna respetable necesita un trabajo de al menos cinco años, no cinco meses. En el campo científico, la prisa es absolutamente enemiga del bien. Algunos podrían argumentar: se están invirtiendo enormes recursos financieros para el Covid, gracias sobre todo a "benefactores" interesados como Bill Gates. Y aquí uno realmente podría responder: ¿por qué no se ha hecho antes para otras enfermedades? Millones de personas mueren cada año de malaria, fiebre amarilla, tuberculosis, fiebre tifoidea, cólera y más. ¿Por qué las industrias farmacéuticas y los gobiernos y fundaciones no se han comprometido con la misma rapidez y riqueza de recursos para estas enfermedades?

Una última objeción fácilmente imaginable: por lo tanto, si tenemos que esperar años para una posible vacuna que ofrezca condiciones seguras y tal vez incluso en cumplimiento de la ética médica, ¿qué se hace mientras tanto? La respuesta ya está en las numerosas ayudas terapéuticas que se están encontrando. Incluso sin una vacuna, el Covid puede curarse, puede convertirse en una enfermedad afrontable. Y finalmente, y ésta es mucho más que una hipótesis, el Covid podría desaparecer, si no siempre durante mucho tiempo, como sucedió con la gripe H1N1, como sucedió con el SARS 1. Y, entonces, de la vacuna mesiánica ya no tendríamos necesidad.